

DESENCANTAMENT

(FRAGMENTO)

Del Canigó s'enfila á l'alta cima
per veure en sa rodalia qué s'hi mou,
per veure'l Rosselló, que tant estima,
cóm lo podria deslliurar del jou.

Quan hi troba á Gentil, tres dies feya
que ab ell pensaba, de quimera foll;
y sens l'espasa que ell cenyí'l veyá,
y com esclau ab un collar al coll.

Veu al que ahí deixá cubert de ferro,
de pedreria y flors enjoyellat;
veu fet joglar lo fill de Tallafarro,
Samçó que alguna Dálila ha xollat.

Quan, per sa culpa, l'moro tot ho aterra,
apar de fades encisat y ull-prés,
lo veu venent á son amor llur terra,
y, com resclosa plena, no pot més.

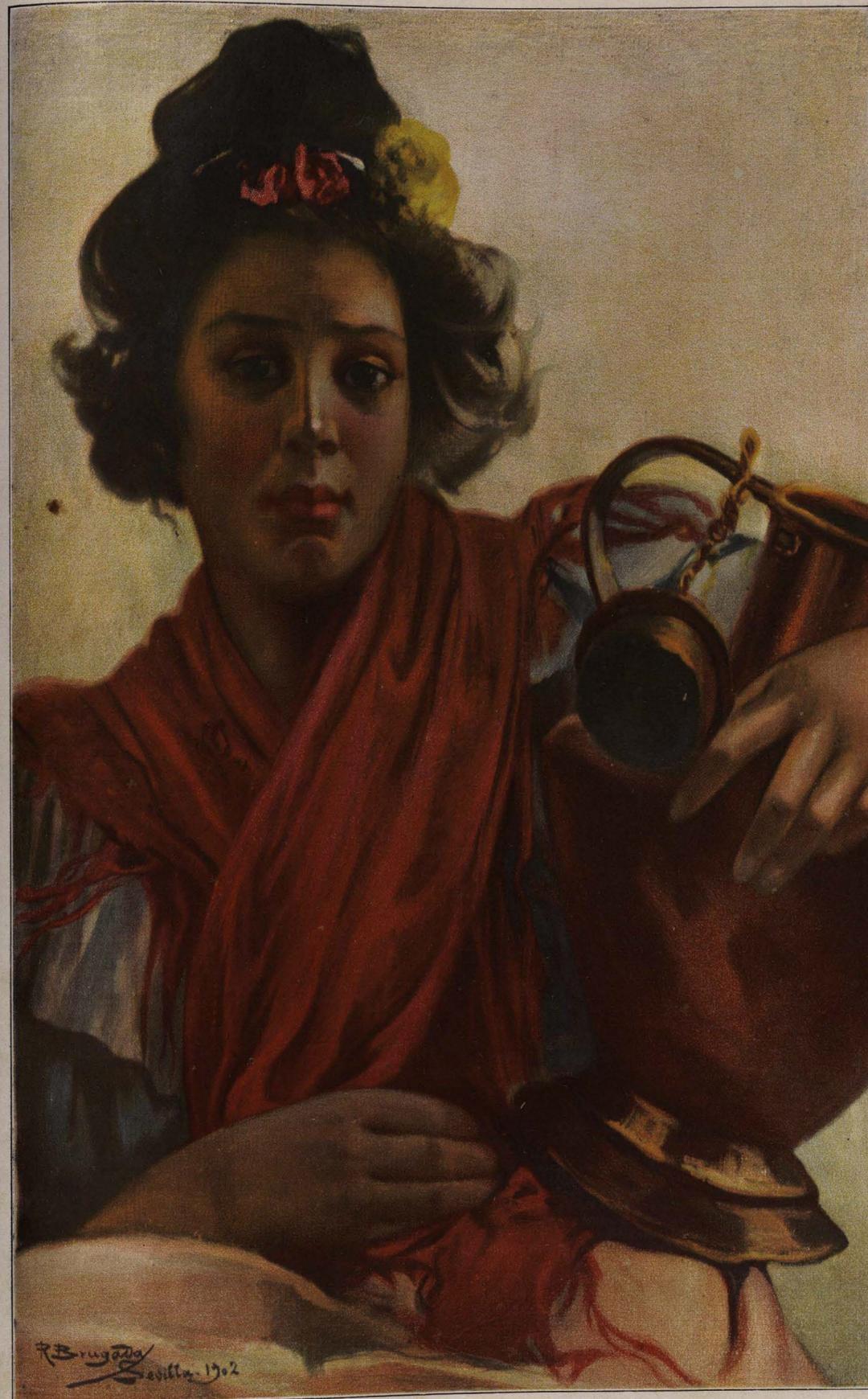
A la primera empenta que li dona
lo cabuça y rebat per l'estimball,
ahont un ¡ay! de moribunt ressona,
umplint de pena y de tristor la vall.

L'arpa rodola ab ell de timba en timba,
ferintles ab trencada gemegor,
gemegor que s'allunya y minva, minva
d'acort encara ab aquell pit que mor.

JACINTO VERDAGUER

(Del poema *Canigó*).

Cuadro de TOMÁS ARGEMÍ.



Cuadro de RICARDO BRUGADA.

BELLAS ARTES

TANTAS veces hemos hablado del cariño que á la tierra andaluza tiene Ricardo Brugada y de la rara intuición con que traslada á menudo los tipos y costumbres de aquella región de las flores y las mujeres hermosas, del sol y de las ardientes pasiones, que nada nuevo podemos añadir para caracterizar con más fuerza al artista catalán.

La *Gilana* que hoy reproducimos, es un trasunto más de aquellas mujeres de rostro moreno que parece llevan impreso en su semblante una tristeza secular, que tan bien reflejan sus melancólicos cantares de gamas y ritmos casi incoherentes.

La cabeza, con su doble efecto de luz, y el botijo de cobre, de irisados reflejos, muestran al pintor como hábil dominador de la técnica.

Con este número da término Gaspar Camps á sus preciosas orlas para el poema *Amor*, de Salvador Carrera, y se despide con una obra que recopila de una vez sus eximias cualidades de artista decorador y ornamentista á la moderna.

Es curioso analizar el procedimiento moral que usa Camps para sus ilustraciones. Cualquiera otro dibujante buscaría en la poesía los elementos para producir una composición sensible, que integrara en sus líneas la acción directa de los versos. Pero á Gaspar Camps, la poesía le da pie

para otra poesía en líneas y colores que sea la materialización simbólica y quintaesenciada de la idea del poeta. Así, sus orlas, más que un comentario al verso, parecen el punto de partida de inspiración del poeta; tan íntimamente se compenetran el autor de los dibujos y el autor del poema.

Las *Maniobras de Artillería*, de Enrique Estevan, son una nueva demostración del talento de este aventajado artista, que tiene el dón singular de abarcar todos los géneros, hallándose en todos ellos como en casa propia. La celeridad de sus improvisaciones, que casi siempre son espejo fiel de lo que se propone, no le impide, como en el caso presente, enriquecer su trabajo con detalles de observación y de calidad que sólo se poseen estudiando concienzudamente la naturaleza. Quien con tanta fidelidad sorprende esta escena militar, bien puede figurar dignamente entre nuestros mejores costumbristas militares.

El *Tipo alicantino*, de J. Nogué, es un buen estudio al carbón, del que hay que mencionar con elogio la cabeza, por su dibujo firme y correcto; y la *Modistilla parisien*, de J. Cardona, sin más pretensiones que las de un rápido apunte, tiene color local y, lo que es más, ese agradable *chic* que saben dar los franceses á este género igualmente distante de la caricatura que de la verdad.

FRANCISCO CASANOVAS

DURA PRUEBA

NADIE, en tales instantes, hubiera reconocido en aquel rostro dolorosamente transfigurado, las facciones aunque someramente tristes, nobles y apacibles de Javier Rodoreda, del joven bolsista, del hombre puesto á la sazón de moda por la caprichosa fortuna, de quien, según fama, recibiera los más señalados favores... Parecía un beodo en el *delirium tremens* de su fatal dolencia. Las preñadas nubes que oprimían su alma habíanse cerrado del todo sumiéndole en la más cruel asfixia: sus nervios se habían convertido en cuerdas tirantes por las cuales circulaban, con furiosas acometidas, electrizadas chispas comunicando á su cerebro la asoladora tormenta.

De pie en medio de su lujoso despacho, tenía fijos los ojos en la chimenea de alabastro de donde partían, en irisadas lenguas, mil blancuecinas llamas destructoras. El combustible que en tal momento devoraban, eran papeles: era un voluminoso paquete de cartas, guardadoras del amor de su vida, escritas de puño y letra de la mujer amada, y que Javier acababa de arrojar á las llamas por mandato de aquella. Era la prueba mayor que podía exigírle, y se la había dado casi sin titubear, haciendo caso omiso de su sér, el cual á pique estuvo de romperse, agobiado por su propio cuento sacrificio.

Javier tiritaba á pesar de lo templado de aquella noche de Octubre: rechinaban sus dientes y, por un movimiento instintivo, se llevó las manos primero al corazón, en donde notaba un enorme vacío y después á las sienas creyendo iban á estallar... Las llamas se habían ya extinguido y quedaba en su lugar un promontorio de rescoldos á manera de encendidos ojos puestos en espiral. A su lado, bruñida caja de hierro, sobre la que se entrelazaban artísticamente multitud de estrías de oro, permanecía en el suelo abierta y vacía. Javier se apoderó de ella y la acercó á su rostro con ansia... ¡Cuán suavemente notó que trascendía era la única huella que habían dejado las cartas de que durante veinte años se hizo depositaria... Sintió que se ahogaba y fué á abrir una ventana. El aire penetró por ella yendo á desmoronar en la chimenea el promontorio de sutiles rescoldos que, como mariposas de fuego, volaron á posarse sobre el pavimento y los muebles y una de ellas á los pies de Javier cual en rendida actitud de agradecimiento. Quiso el cuidado cogérle: ¡era polvo! Un estremecimiento convulsivo agitó su cuerpo y, cediendo á una necesidad suprema, corrió á su mesa bufete, cogió la pluma y, automática del exaltado espíritu, su trémula mano fué trazando lo siguiente:

«Perdóname, idolatrada Lidia de mi alma; perdóname, sí, que desobedeciendo tu súplica te escriba: si lo hago es porque sé que tu noble corazón no me negará este postre desahogo: necesito de él en este momento solemne en que, por mandato tuyo, acaba de extinguirse el único lazo que pudo librar de sucumbir á mi espíritu durante el triste interregno de nuestra fatal separación, después de tu para mí tan desdichada boda... en este instante en que, sumiso á tu voluntad, temblando como un azogado, vengo de arrojar á las llamas tus cartas queridas, ¡todo mi tesoro! Ya no existe; no existen, no, esas preseas de tu alma que indiscreta fe daban de aquellos días dichosos en que tus brazos ceñidos en torno de mi cuello eran lazos que me ataban dulcemente á la vida, cuando en tus claros seductores ojos vislumbraba la promesa de un paraíso; cuando tu boca, como flor que entreabría al beso de mi aliento, me mostraba en su purpúreo cáliz el néctar de la existencia, dejándome presentar la codiciada posesión de las más inefables dulzuras... ¡Todo, ay, pasó! Mi ausencia, tu enlace, á raíz de éste mi casamiento desesperado, de cuyo hastío vino protectoramente á librarme prematura viudez... Pero yo, que sólo por amor á ti soporté el peso de tanto infortunio sin desplegar los labios, sin exhalar una queja, no fui dueño de contener la ternura que rebosaba de mi alma encauzada en tu recuerdo y hebe de confiarla á varias cartas que llegaron sigilosamente á ti y que tú, Lidia mía, leíste. ¡Ayl á ninguna contestaste jamás; así pasaron diez años. Dos cumplían que te dirigí mi última misiva cuando tuve de nuevo necesidad de escribirte. Lo hice, Lidia de mi alma, aprovechando tu permanencia en el Castillo de *** á donde me constaba habías llegado sola... Hace dos días un desconocido dejó en mis manos un sobre escrito; al recono-

cer tu letra estuve á punto de caer arrodillado; mi propia suprema ansiedad me sostuvo y devoré tus renglones que así decían:

«Javier: te prohibo, no, te lo ruego, que jamás vuelvas á escribirme. Tus frases me emocionan al extremo de hacerme muy dichosa, pero al mismo tiempo me espantan, me hacen temblar: las deseo y no las quisiera. ¡No vuelvas á escribirme! La casualidad podría hacer que una de esas cartas cayese en sus manos... si tal llegase á suceder, creo que me moría. Para evitar tal percance, acabo de quemar todas las que me has escrito, y quiero que tú hagas lo mismo con las mías sin omitir ésta con que uso por primera y única vez infringir las leyes que mi deber me impone... ¡Quémalas, Javier de mi alma. No consientas que jamás nadie con su concepto profane nuestro secreto... ¿Por ventura el fantasma bendito de tu amor no ha de seguir persiguiéndome á donde quiera que vaya, como esencia emanada de mi propio sér? Constate, mi bien, que la comunión de nuestras almas persistirá siempre flotando como vapor sagrado por cima de la fatalidad que nos separa; pero es preciso que nuestro corazón conserve sólo en su fondo la esencia de estos amores, cerrándose á toda manifestación externa, como triste pasionaria que á la llegada de la noche cierra cuidadosamente sus hojas para guardar en su seno el licor dulcísimo...»

Al llegar aquí, Javier se levantó bruscamente y, cual persona ébria, fué tambaleándose hasta un sofá en donde cayó preso de un vértigo... Febril lucidez invadió de pronto su cerebro. Javier abrió los ojos y creyó distinguir tenuemente iluminados todos los objetos de su despacho. En la chimenea brillaban aún algunos rescoldos como inyectadas pupilas. Una puerta se abrió blandamente y apareció en su dintel una mujer hermosa, de mediana estatura, joven, esbelta, el pelo obscurísimo, grandes y de amoroso mirar los hechiceros ojos, de tez nivea, de rosadas mejillas, de labios ebúrneos y graciosos... Llevaba peinado bajo y holgado *matinée* de abiertas mangas velábele seductoramente las divinas formas.

Con andares de hada llegó al sofá en donde se hallaba tendido Javier y, medio arrodillándose junto á éste é introduciendo sus finos dedos en los cabellos del joven, comenzó á decirle queda y amorosamente:

—Soy yo, tu Lidia. ¿No me reconoces? me encuentras vieja, con muchas canas ¿sí? ¡No en balde ha luchado este maldito corazón por espacio de dos lustros! Pero al fin ha triunfado; vengo sugestionada y enloquecida por tus cartas; desde que las leí me ahogo en medio del vulgarismo de mi vida monótona y secundaria. Quiero confundir mi alma con la tuya, quiero levantar mi vuelo á tu lado; huir de lo efímero, de lo material, para volver á vivir de tu *gran vida* y ser así feliz.

Javier callaba: temía estar sujeto á la alucinación de un sueño y despertar de improviso; además, se sentía vivamente emocionado. Aspiraba con deleite aquel tibio y perfumado aliento y devoraba con los ojos las puras y delicadas líneas de aquel rostro...

—¡Mujer amada, luz bendita de mi espíritu, ilusión hondamente querida!—¡fudo al fin articular. Pero al propio tiempo se incorporó con sobresalto: detrás de ellos, las ya extinguidas llamas habían vuelto á revivir. Un hombre enlutado penetró en la estancia y, cogiendo férreamente á Lidia por un brazo, mostraba empeño decidido de arrojarla á ellas. Javier dió un salto aperciéndose á una lucha sangrienta; pero en el mismo instante, como visión de cinematógrafo, borróse todo á sus ojos que, atónitos y deslumbrados, sólo contemplaron ante sí un río sobre cuyas transparentes aguas, veladas por perpetua sombra, flotaba con caracteres de estrellas esta inscripción: *Leteo, Río del olvido.*

Airosa góndola avanzaba rápidamente en él conduciendo á un niño de rubias guedejas, colorados molletes y de ojos vivarachos y alegres. El angelote hacía señas á Javier de que subiera á su embarcación. Rodoreda se embebecía mirando su cara que le era muy conocida, cuando oyó junto á sí una vocería infantil é impaciente que exclamaba:

—Buenos días, papá; papáito, despielta, ¡despielta, hombre! Javier abrió los ojos y se encontró con la riante carita de su hijo, un niño rubio de seis años, todo vestido de blanco, el mismo de la góndola: de tan larga pesadilla, la única realidad.

Y hostigado por ésta, Javier despertó...

JOSEFA CODINA UMBERT

EXCMO. SEÑOR DON EDUARDO DE CÁLVARI

CÓNSUL GENERAL DE LA REPÚBLICA ARGENTINA EN ITALIA Y ESPAÑA

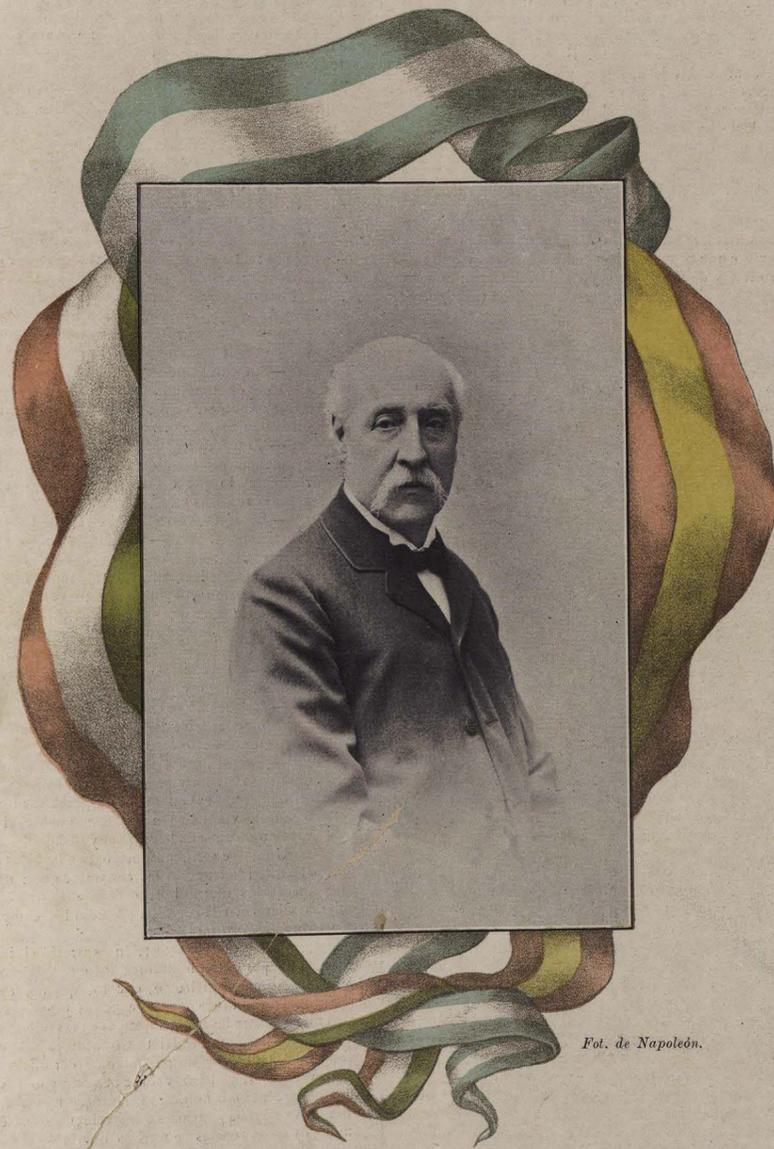
(† EN GÉNOVA EL DÍA 3 DE AGOSTO DEL CORRIENTE AÑO)

CUANDO hace algunos meses, lleno de vida, nos prodigaba finas atenciones y nos honraba con su afectuosa amistad, estábamos bien ajenos de sospechar que le perderíamos antes de rendirle en estas páginas el tributo á que sus merecimientos como funcionario y como caballero le hacían acreedor. Pero el destino lo dispuso de otro modo y lo que ayer hubiera sido grata satisfacción para nosotros, es hoy un triste deber, en cumplimiento del cual le dedicamos las presentes líneas y publicamos su retrato, envuelto en las banderas de las tres nacionalidades en donde su muerte ha dejado más doloroso recuerdo: la de la República Argentina, su patria adoptiva, cuya representación ostentaba, la

de Italia, su patria efectiva y la de España, en que pasó los últimos diez y seis años de su existencia.

En 1860 fué enviado el señor Cálvari por el Gobierno argentino al Consulado de Roma. Posteriormente ocupó los de Liorna y Génova, hasta que en 1886 fué trasladado al Consulado general de España, fijando su residencia en esta capital, en unión de su distinguida familia.

Su elevado cargo sirvióle para conquistar el aprecio de cuantos á él se acercaban para asuntos en que tuviera que ejercer una intervención oficial. Este proceder explica las simpatías que el señor Cálvari contaba entre el comercio y los navieros de esta plaza, quienes le miraban como



Fot. de Napoleón.

un ferviente protector de sus intereses y del intercambio comercial entre nuestra Península y aquella República.

El señor Cálvari era decano de los cónsules argentinos y podía ostentar este título con orgullo. Llevaba cuarenta y dos años de servicios, entre ellos algunos de importancia suma que le acreditaron como hombre de envidiables dotes diplomáticas, tanto en los que realizó con el carácter de cónsul, como en los que intervino como agente confidencial.

Además de otras misiones delicadas, se le confió, cerca de la Santa Sede, por el presidente de la República, doctor Avellaneda, la de entregar al Papa la carta de felicitación por haber sido exaltado al trono pontificio. Su gestión principal consistió en el fomento de las relaciones comerciales entre el país que representaba y los Estados en que figuró como acreditado, lo propio que en el comercio y movimiento marítimo.

En Barcelona, donde durante diez y seis años, según hemos dicho,

residió el señor Cálvari, la noticia de su fallecimiento produjo penosísima impresión, pues lo mismo él que su distinguida familia estaban relacionados con las más aristocráticas y pudientes. Casi todos los cónsules pusieron su bandera á media asta, en señal de duelo, y fué infinito el número de caracterizados personajes que, personalmente ó por tarjeta, dieron inmediato testimonio de su dolor en el domicilio oficial del finado, ó telegrafiaron directamente el pésame á la afligida esposa é hijos que en Génova recogieron su último suspiro: siendo de los primeros en verificarlo, el ilustre general Roca, presidente de la República Argentina.

El ALBUM SALÓN se asocia al sentimiento que en las tres naciones ha causado tan lamentable pérdida y hace fervientes votos porque el Todopoderoso haya concedido al alma del señor Cálvari la eterna paz de los justos.
